PRÓLOGO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Cuando salió a la luz, *La gloire des imposteurs* suscitó más desconcierto —o incluso irritación— que entusiasmo. Si bien se aplaudió la originalidad de la obra, constituida por un intercambio epistolar entre dos camaradas y cómplices intelectuales de toda la vida —Aminata Dramane Traoré y yo mismo—, a muchos les costó entender algunas de nuestras posiciones. En aquel entonces, era inconcebible que se expresara la más mínima reserva a propósito de la “primavera árabe” o que alguien no se alegrase de que Gadafi hubiese sido asesinado en plena calle, cual perro sarnoso, por espías extranjeros; tampoco estaba permitido indignarse por que el Ejército francés hubiese forzado las rejas del palacio de Gbagbo para entregarlo a Alasane Dramane Ouattara, su peor enemigo.

Es normal que en ocasiones se descuiden los grandes análisis estratégicos y solo se tome en cuenta el punto de vista de aquellos a quienes se tortura y se deshumaniza en oscuras mazmorras. Obviamente sobran razones para detestar a dirigentes políticos brutales, como lo fue Gadafi. Con esto supieron jugar Sarkozy, Hillary Clinton y —en el papel de payaso intelectualizante de turno— Bernard-Henri Lévy.

La única manera de impedir sus siniestras manipulaciones era decir alto y claro que la historia inmediata no podía reducirse a un enfrentamiento maniqueo entre el Bien y el Mal, entre los amigos de la democracia y los otros. En este libro,

nosotros simplemente dijimos: “Eh, esperen un poco, ¡tampoco es tan simple como parece!”

Ignorar los tabúes suscitó una incomprensión sin duda legítima, sobre todo por parte de amigos de toda la vida. Tuvimos que dar explicaciones en Dakar y en París, en Berlín y en Agüimes, y por supuesto en las redes sociales.

En Mali, donde goza de un inmenso respeto, Aminata Traoré encontró por primera vez en su vida dificultades para ser escuchada. ¿Cómo pudo ser así? Cientos de miles de malienses, en su mayoría muy jóvenes, invadieron las calles de las grandes ciudades gritando a pleno pulmón a los soldados de la operación Serval: “¡Que viva Francia! ¡Viva papá Hollande!” Esas banderitas agitadas para enaltecer a la antigua potencia colonial eran el canto desesperado de una derrota que no para de saltarnos a la cara, un absolutamente insoportable himno a la gloria de los impostores.

Y, sin embargo, lejos de ser rudamente asertivos, Amy y yo expresábamos más bien dudas que certezas. Por lo demás, el formato elegido para este libro —el *entre nosotros* de la conversación epistolar— era ideal para expresar nuestros sentimientos más íntimos, aunque nos estremecieran de tanto en tanto. No es fácil, es cierto, remar a contracorriente: cuánto podían pesar estas dos voces venidas de Bamako y Dakar frente a la potencia mediática de quienes habían inventado de la nada a revolucionarios libios en Bengasi, bombardeos imaginarios, acusaciones negrófobas contra inciertos “mercenarios africanos” de Gadafi dopados con Viagra y dispuestos a violar a mujeres árabes. Ahí encontrábamos, dicho sea de paso, todos los elementos de la propaganda nazi contra los *tirailleurs sénégalais*, etiquetados de “vergüenza negra” (*Die schwarze Schande*) durante la Segunda Guerra Mundial.

Siete años después, ¿dónde estamos?

La cortina de humo sabiamente proyectada ante la opinión pública se ha disipado.

Estas líneas, por ejemplo, están siendo escritas en el momento mismo en que cientos de miles de malienses desfilan

por las calles para exigir la salida de las tropas francesas de su país. Sabemos asimismo que se apoyó a Ouattara frente a Gbagbo porque se comprometió a preservar los intereses franceses —y por ende occidentales— en Costa de Marfil; por no hablar del franco CFA, cuyo régimen vemos hoy obrar en todas las crisis del África del Oeste, en favor de París. En cuanto a la supuesta “revolución de Bengasi”, todos sabemos claramente el infierno que ha supuesto para su país, en particular para los migrantes subsaharianos. Para aquel que quiera analizar el proceso de destrucción de un Estado y la dislocación de una nación, Libia es simplemente un caso de manual. También sabemos que la famosa “primavera árabe” —de la que, qué casualidad, se libraron los aliados estratégicos de Occidente— está bien lejos de haber cumplido las promesas de sus flores.

En otras palabras, para las mujeres y los hombres de buena voluntad, llegó el tiempo de la desilusión. Tampoco hay de qué presumir: el estado actual del mundo muestra simplemente la aterradora facilidad con la que los aparatos ideológicos pueden volver contra los ciudadanos sus sentimientos más bellos.

Siete años, más que suficiente para que una obra como *La gloire des imposteurs* envejezca y se vuelva casi ilegible. Lamentablemente no es el caso: todas las cuestiones que en ella se exploran siguen, por así decirlo, bien candentes. Y lo son de manera trágica, pues estos acontecimientos continúan produciendo hoy en día montañas de sufrimiento y, cotidianamente, miles de muertes con el océano como única sepultura.

No podemos negar el sentimiento de satisfacción de haber leído la trayectoria de la historia antes que muchos otros. Mas es una satisfacción bien amarga ver que *La gloire des imposteurs* mantiene su actualidad de esta manera. Y después de todo, de lo único de lo que podríamos vanagloriarnos es de haber *osado dudar*.

BOUBACAR BORIS DIOP

Noviembre de 2021